

Ulrich FISCHER, *Amianto. Franz Kafka como empresario* (con «Prólogo» de Luis Enrique DE LA VILLA GIL), Biblioteca del ICAM-Tirant lo Blanch (Valencia, 2023), 197 págs.

La raza (o si se quiere, la cultura y, en menor medida, la religión) judía merece ser celebrada por haber pertenecido a ella grandísimos iconos de la cultura occidental contemporánea, desde Carlos MARX, Sigmund FREUD y Albert EINSTEIN, hasta ocho Jueces de la Corte Suprema de los Estados Unidos, cuatro de ellos ciertamente muy relevantes e influyentes (Louis BRANDEIS, Benjamin CARDOZO, Felix FRANKFURTER y Ruth Bader GINSBURG, esta última icono del feminismo jurídico norteamericano de los siglos XX-XXI). Lo mismo le sucede a Franz KAFKA, judío centroeuropeo bohemio, aunque —a diferencia de tres de las siete celebridades que acabo de citar nominalmente— no llegó a conocer los horrores ni del nazismo ni del estalinismo. En los Estados Unidos, a diferencia de lo que sucede en España, el hecho de ser judío supone un plus cierto de atractividad, pues existe allí un auténtico e influyente *lobby* de dicha cultura, que los Presidentes norteamericanos miman (no ha habido nunca, sin embargo, ningún Presidente de raza judía), especialmente tras la creación en 1948 del Estado de Israel (por cierto, potencia nuclear), con el apoyo decisivo de los Estados Unidos. Aunque de personalidad antipática (quizá condicionada por el hecho de su naturaleza enfermiza, al haber contraído muy joven la tuberculosis, que acabaría llevándoselo por delante a la edad de 41 años), Franz KAFKA es una de las grandes figuras de la literatura occidental, en cuanto que literato de la angustia y del absurdo, conceptos ambos que tanto nos fascinan a los occidentales que llevamos una vida más o menos corriente. Este libro relativo a él, con un jugoso prólogo del maestro Luis Enrique DE LA VILLA GIL, que se lee de un tirón (a pesar de sus buenas dieciocho densas páginas), se publicó en 1946 y se tradujo del alemán al castellano en 1966, aunque acaba de ser reeditado por el Colegio de Abogados de Madrid, al que pertenece (colegiado núm. 7.239) el ilustre y recién citado prologuista.

El motivo de la reedición no tiene que ver con el hecho de que KAFKA fuese formalmente jurista (llegó incluso a doctorarse en Derecho

en 1906), pues como afirma el maestro DE LA VILLA «es una conclusión contrastada la aversión de Kafka por el Derecho y el desprecio por su condición de jurista», aunque «le inquietaba ... la presencia de un Derecho maniatado por la injusticia y la arbitrariedad», lo que «se refleja en sus tres grandes novelas ... inconclusas y póstumas, *Amerika* o *Der Verschollene* — América o El Desaparecido— escrita en 1912-1913 y publicada en 1927; *Der Prozeß* —El Proceso—, en la que esos dos momentos se distancian entre 1914 y 1925; y *Das Schloß* —El Castillo— acortados ahora entre 1922 y 1926». En tiempos como los actuales, de exaltación en España y en todas partes de la cultura del emprendimiento, lo que justifica la reedición de este viejo libro es el hecho, poco conocido, de que KAFKA llegase a montar un pequeño negocio «de transformación o distribución del asbesto o amianto», entre 1911 y 1918, que compaginaba —como malamente podía— con su trabajo alimenticio (o «*Brotheruf*») de mañana, al servicio de una importante entidad aseguradora semi-pública del riesgo de accidentes de trabajo (o AUVA, en acrónimo) del entonces Reino de Bohemia. El negocio acabó resultando un fracaso y cerró, llamándole la atención al maestro DE LA VILLA que «el taller empleaba a unas 25 mujeres», no adoptándose «absolutamente ninguna medida preventiva ... ni siquiera ... la dotación a las trabajadoras de ropa de trabajo adecuada» (al parecer, esto producía en el taller «frecuentes lesiones por engancho de las faldas y otras vestimentas femeninas en las correas de transmisión»), y apuntando —aunque la prohibición internacional de la fabricación y utilización del amianto, por causa de su riesgo cancerígeno, fuese muy posterior— que «sí debía conocer Kafka, por sus funciones en el AUVA, los daños que la inhalación de enormes cantidades de polvo y gases, cualquiera que fuese su origen, habían de causar en la integridad física de cuantos trabajasen en esos ambientes».

El maestro DE LA VILLA concluye su brillante prólogo afirmando, con toda razón, que «el valor de un artista no debe medirse por su comportamiento vital sino por sus obras de arte» (a pesar de comentar su «extrañeza de que Kafka no escribiera una sola obra poética, reuniendo los mejores atributos para ello —la sensibilidad, la inteligencia y la insatisfacción vital— menos exigentes para la narrativa»), por lo que «no ha influido ni influirá en la máxima valoración universal del arte literario de Kafka su actuación como ... un pésimo trabajador por cuenta propia». La universalidad del arte literario de KAFKA (al igual que la de los celeberrimos y citados MARX y FREUD, asimismo judíos) la acredita el

hecho de haber generado su nombre una palabra de uso corriente, aunque «kafkiano» (a diferencia de «marxista» o «freudiano») tenga una clara connotación peyorativa (literalmente, «Dicho de una situación: Absurda, angustiosa»). Me topé con este significado de la palabra, pero en inglés, al tener que comentar un caso de la Corte Suprema de los Estados Unidos del año 2001, en donde los ultra-conservadores y católicos Jueces Antonin SCALIA y Clarence THOMAS se oponían a la opinión mayoritaria de la Corte Suprema, integrada en aquel entonces por la también citada e icónica Jueza judía GINSBURG (opinión en la que, estimando las pretensiones de cierto golfista profesional discapacitado, se fijaba cuál era la «esencia» del golf profesional), de la que respetuosamente disentían, llegando a calificarla —entre otros varios calificativos críticos, alguno de ellos extraordinariamente divertido— como una opinión, por absurda, de naturaleza kafkiana (literalmente, según ellos, «*this Court's Kafkaesque determination*»).

**Jesús Martínez Girón**